

Traducción del texto original

MARTELLI A., *Il “criterio oratoriano” nella pastorale giovanile come dono per tutta la Chiesa*, in «*Note di pastorale giovanile*» 1 (2023) 44-54



ESPAÑOL

EL “CRITERIO ORATORIANO” COMO DON PARA TODA LA IGLESIA



ESTUDIOS

EL «CRITERIO ORATORIANO» EN LA PASTORAL JUVENIL COMO DON PARA TODA LA IGLESIA

Alberto Martelli

«Este fue el primer joven que llegó a nuestro hospicio. Pronto se le unió otro, y luego otros más; pero, debido a la falta de espacio ese año, tuvimos que limitarnos a dos. Corría el año 1847»¹.

Con estas palabras, Don Bosco relata en las *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales* el comienzo de la acogida de jóvenes en Valdocco, apenas unos meses después de instalarse allí definitivamente con sus muchachos (abril de 1846) y de alquilar algunas habitaciones al propietario para él y su madre, Margarita.

En un texto posterior, conservado en los archivos históricos salesianos, llamado «Anagrafe» o «Censimento» (Registro o Censo), probablemente de la década de 1870 y posteriores, ya se mencionan en 1847 los nombres de dos muchachos alojados de forma permanente en el oratorio de Valdocco: Felice Reviglio y Giacinto Arnaud. En los años siguientes, el número de quienes vivían permanentemente con Don Bosco, en grupos llamados «familias», aumentó hasta 15 en 1853, 355 en 1860, 410 en 1866, y así sucesivamente. Esta fue la experiencia de la llamada «Casa annessa» (casa anexa) al oratorio, que gradualmente adquirió la identidad de un verdadero colegio salesiano.

Estos hechos históricos, a menudo pasados por alto, son sin embargo fundamentales para tratar de comprender más profundamente lo que significa la palabra *oratorio* en la *mens* de Don Bosco, y también por qué hoy tenemos la oportunidad de hablar del «criterio oratoriano» como criterio permanente de discernimiento y renovación de toda actividad y obra², como don permanente del Santo de la Juventud a toda la pastoral eclesial.

¿Era Valdocco un oratorio?

La pregunta es ciertamente provocativa, pero no por ello ilegítima.

Cuando Pancrazio Soave propuso, casi balbuceando, a Don Bosco el alquiler de algunas habitaciones en la Casa Pinardi, llamándolas «laboratorio»³, tal vez no estaba del todo desencaminado.

De hecho, lo que nació en esas habitaciones fue un oratorio completamente diferente de cualquier otro que se hubiera creado hasta entonces y, al mismo tiempo, en pocos años se convirtió en un auténtico laboratorio experimental para una pastoral juvenil integral.

¹ Traducción de G. Bosco, *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*, en Istituto Storico Salesiano (ed.), *Fonti salesiane 1. Don Bosco e la sua opera*, LAS, Roma 2014, 1277-1278.

² *Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales*, traducción del artículo 40: «Don Bosco vivió una experiencia pastoral típica en su primer oratorio, que era para los jóvenes un hogar que los acogía, una parroquia que los evangelizaba, una escuela que los preparaba para la vida y un patio de recreo donde podían encontrarse con amigos y vivir con alegría. En el cumplimiento de nuestra misión hoy, la experiencia de Valdocco sigue siendo un criterio permanente para el discernimiento y la renovación de cada actividad y trabajo».

³ Traducción de G. Bosco, *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales de 1815 a 1855*, 1259.

Don Bosco, como sabemos, no inventó el oratorio desde cero. Existían muchas experiencias antes que él y al mismo tiempo que él, incluso en Turín. Como afirma también la Nota Pastoral de la Conferencia Episcopal Italiana «Il Laboratorio dei talenti» (2013), el oratorio, en la experiencia eclesial italiana, debe entenderse siempre como una realidad dinámica, «un centro educativo capaz de activar recuerdos, evocar imágenes y crear vínculos».

Sin embargo, en general, se asocia en el lenguaje común y en el imaginario popular con una buena experiencia de vida vinculada a los años de juventud. El oratorio es, por lo general, ese patio, esas salas de juegos, esos ambientes juveniles que la comunidad eclesial dedica —especialmente en el tiempo libre— a los niños y jóvenes; una especie de prolongación de la parroquia y de sus ambientes para los más pequeños.

Podríamos incluso decir que el oratorio se entiende generalmente como la pastoral juvenil de la parroquia, guiada por ella y que encuentra su salida en ella.

Sin embargo, cuando se fundó el oratorio de Valdocco y se consolidaron sus actividades, el propio Don Bosco lo definió como «la parroquia de los que no tienen parroquia». El oratorio salesiano no es una extensión de la pastoral parroquial dedicada a los jóvenes, sino una presencia eclesial verdaderamente nueva en el territorio. La presencia de una «casa anexa» y su desarrollo en un colegio, sin perder las características de hospitalidad y de «patio» típicas de sus inicios, son el mejor testimonio de ello. Esta originalidad salesiana es aún más evidente si consideramos que, junto con el colegio incipiente, el primer oratorio salesiano asumió inmediatamente el papel de escuela, taller de enseñanza de un oficio y pequeño seminario, y lo hizo de forma independiente, exigiendo incluso un nuevo estatuto al obispo y frente a las parroquias urbanas ya existentes: el reconocimiento de su originalidad.

Para Don Bosco, el oratorio era una herramienta pastoral completamente diferente de todo lo que se había intentado antes. Se centraba en los niños, pero también había espacio para los jóvenes y los adultos; no pertenecía únicamente al párroco (pastoral típica de su época histórica), sino a una verdadera comunidad educativa formada por múltiples vocaciones y círculos concéntricos; no era solo un lugar para el catecismo y el esparcimiento dominical, sino una herramienta compleja para el crecimiento integral de los jóvenes, el desarrollo vocacional y el acompañamiento hacia la edad adulta, que no conocía cierres durante la semana ni límites en el progreso de la búsqueda de las actividades más adecuadas a su finalidad (desde el teatro hasta la música, desde el estudio hasta el trabajo, desde el catecismo hasta los sacramentos).

El oratorio salesiano está presente en el territorio como una presencia eclesial completa. También puede existir fuera de la estructura parroquial y colaborar con ella de manera fructífera y original. Su flexibilidad le permite estar presente incluso allí donde la Iglesia es menos bienvenida y donde quizá sea más necesaria la educación y la evangelización de los jóvenes.

Valdocco fue, por tanto, la primera obra permanente de Don Bosco, que, bajo el nombre de «oratorio», dio lugar a toda una serie de intervenciones y proyectos que abrieron el camino a una nueva forma de pastoral juvenil. Por esta razón, el sello personal de Don Bosco «se convirtió en el criterio preventivo aplicado a lo largo de los años: de una inicial lección de catecismo a la presencia-participación en la vida del joven, con la atención a sus necesidades, sus problemas y sus oportunidades; de un oratorio festivo a “tiempo limitado” a una casa a “tiempo pleno” que se prolonga a lo largo de la semana con contactos personales y actividades complementarias; de una enseñanza de contenidos catequísticos a un programa educativo-pastoral integral, el Sistema Preventivo; de algunos servicios pensados para los jóvenes a una presencia familiar de los educadores en medio de los jóvenes, en las actividades lúdicas y en las propuestas religiosas; de una institución referencial para adultos a una comunidad de vida con los jóvenes, de participación juvenil, de convivencia abierta a todos; de la prioridad del programa a la prioridad de la persona y de las relaciones interpersonales; de una parroquia, centrada en torno al culto

y a la devoción, al impulso misionero de una comunidad juvenil que se abre a los jóvenes que no conocen la vida parroquial ni encuentran en ella ninguna referencia»⁴.

Valdocco no es un lugar

La palabra «oratorio», por lo tanto, con la experiencia de Valdocco, adquiere nuevos significados y proyectos pastorales específicos. Pero el oratorio no es simplemente un lugar físico.

Un texto conservado en los anales de la Congregación Salesiana sigue siendo célebre. Un joven cohermano recibe de Don Michele Rua, primer sucesor de Don Bosco, el encargo de abrir un nuevo oratorio. Ante las objeciones del clérigo, que lamenta la ausencia de estructuras y recursos, Don Rua responde: «Ve, porque el oratorio está dentro de ti».

Para nosotros, los salesianos, el oratorio es ante todo pasión: la pasión educativa y pastoral que cada salesiano lleva en su corazón.

Muchas de las obras de nuestra Congregación son actualmente oratorios-centros juveniles que desarrollan diversos proyectos educativos dirigidos a una amplia variedad de destinatarios, capaces de interesar e involucrar a los jóvenes. Adoptan múltiples formas y características, según los distintos contextos geográficos, religiosos y culturales. Existen, por ejemplo, oratorios nocturnos, presencias itinerantes para jóvenes en situación de riesgo, oratorios de barrio conectados en red, oratorios que ofrecen a jóvenes desempleados o marginados por el sistema escolar la oportunidad de adquirir una formación básica o prepararse para un trabajo; algunos buscan también acompañar a jóvenes en situaciones de grave vulnerabilidad social.

La respuesta de Don Rua podría parecer una réplica fácil dirigida a quienes se quejan demasiado, o una exigencia de obediencia imposible pronunciada por alguien que, quizás desde lejos, intenta animar a quien se siente abrumado por el trabajo o la pobreza. Sin embargo, el origen del espíritu oratoriano al que Don Rua alude dista mucho de ser superficial.

El espíritu del oratorio que Don Bosco encarnó en Valdocco es fruto directo de la llamada recibida en el sueño de los nueve años. Prueba de ello es que algunos de sus antiguos compañeros de estudios, ya sacerdotes y de edad avanzada, reconocieron en Valdocco aquello que Don Bosco, siendo seminarista muchos años antes, había descrito como si lo hubiera contemplado con sus propios ojos.

Toda la actividad de Don Bosco fue respuesta a la misión recibida, trabajando el campo que María le había mostrado. «Fue el propio Don Bosco quien consideró sus primeros intentos apostólicos, iniciados a los diez años, inmediatamente después de la invitación recibida en su primer sueño, como una especie de Oratorio. También fue Don Bosco quien interpretó el encuentro con Bartolomeo Garelli y la primera catequesis iniciada en el histórico día de la Inmaculada Concepción como el inicio y el principio del Oratorio. Era consciente de haber encontrado en el Oratorio la respuesta plena a la llamada de Dios, el sentido de su vida: “Cuando me dediqué a esta parte del ministerio sagrado, quise consagrar todos mis esfuerzos a Dios y al bien de las almas”»⁵.

Por lo tanto, si por un lado el Oratorio es un ambiente pastoral específico y distinto, incluso de la parroquia, por otro lado es, de manera absolutamente original, el «espíritu oratoriano», es decir, una llamada y vocación específica en la Iglesia y para la Iglesia a favor de los jóvenes.

⁴ Dicasterio de Pastoral Juvenil Salesiana, *Pastoral Juvenil Salesiana. Cuadro de referencia*, SDB, Roma 2014, 177-178.

⁵ Traducción de *Capítulo General 20 de los Salesianos de Don Bosco*, n. 202.

Del «espíritu oratoriano» (expresión del carisma) brota el «corazón oratoriano» en quienes son llamados, caracterizado por la preocupación por los jóvenes más pobres y por las clases populares. Este celo, expresión de la voluntad salvífica de Dios encarnada en la figura del Buen Pastor, se dirige prioritariamente a los jóvenes pobres, cualquiera que sea la forma de pobreza en la que se encuentren.

Valdocco, sin embargo, es ante todo un criterio

El espíritu del oratorio, en cuanto expresión de una vocación-misión encarnada en el primer Oratorio de Valdocco, convierte la experiencia originaria de Don Bosco en punto de referencia para comprender y relanzar toda su obra.

La flexibilidad del carisma salesiano ha dado origen, en los últimos ciento cincuenta años, a numerosas obras en favor de los jóvenes en todos los contextos del mundo, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Podría decirse que el carisma salesiano tiene la capacidad de adaptarse a todo, porque sabe adaptarse a la vida de los jóvenes en cualquier lugar. Pero, ante tal multiplicidad de proyectos, surge inevitablemente una pregunta: ¿cómo permanecer fieles a nosotros mismos?

La respuesta se encuentra precisamente en el primer oratorio. Ya estructurado de tal modo que podía adaptar su propuesta a las múltiples necesidades del mundo juvenil, se convierte en el punto de referencia al que siempre debemos mirar para medir la fidelidad de nuestros proyectos pastorales al carisma del fundador.

El Oratorio de Valdocco se convierte así en un criterio permanente de fidelidad y originalidad para todos. «El Oratorio de Valdocco nos acerca a la experiencia original de la misión salesiana. Don Bosco, juntamente con sus colaboradores y los primeros salesianos, encarnó precisamente en el Oratorio aquella experiencia particular del Espíritu (el carisma), que suscitó en la Iglesia nuestra original forma de misión apostólica entre los jóvenes más pobres. Por eso, hoy, referirnos al Oratorio de Valdocco no es un ejercicio histórico de lo que sucedió con Don Bosco, sino un camino de retorno a los orígenes, a la fuente que inspiró nuestras obras y actividades (cfr. Const. 41). Y todo ello, para verificar la fidelidad de nuestra acción educativo-pastoral»⁶.

El «corazón oratoriano» no representa solamente la meta y la forma de la acción educativa y pastoral salesiana, sino que se convierte también en un criterio fundamental para el discernimiento y la renovación de las actividades y de las obras.

Todas las obras salesianas son expresión de una fidelidad dinámica y creativa al primer oratorio. Don Bosco no se limitó a fundar una obra; dio vida a un estilo educativo original, a una forma específica de pastoral juvenil, a un criterio encarnado que hoy debe ser puesto de relieve y conservado como referencia permanente.

Esto significa, sin embargo, que el «criterio oratoriano», expresión del carisma salesiano y del corazón oratoriano, va más allá del Oratorio, va más allá incluso de la propia Familia Salesiana, y se sitúa en la Iglesia como un don permanente, hoy más actual que nunca, para la renovación de la pastoral juvenil en todas sus expresiones.

En Don Bosco en el Oratorio, más que al brillante gestor de una estructura, contemplamos al genio creativo que sabe leer las situaciones y responder a ellas, movido por la caridad pastoral. Como es bien sabido, no se trata aquí de mirar al primer Oratorio únicamente como una obra concreta, sino de

⁶ Dicasterio de Pastoral Juvenil Salesiana, *Pastoral Juvenil Salesiana. Marco de referencia*, 126.

considerarlo «como la matriz, como la síntesis, como el compendio de las geniales creaciones apostólicas del santo Fundador: el fruto maduro de todos sus esfuerzos»⁷.

Toda casa salesiana, para serlo plenamente, debe ser capaz de reproducir la experiencia pastoral típica que vivió Don Bosco y presentarse como la realización actual de ese emblema originario que fue el Oratorio, ofrecido como criterio de discernimiento para toda obra de pastoral juvenil (oratorio, parroquia, escuela, albergue, colegio, centros juveniles...).

El criterio oratoriano

Es significativo que Don Bosco, en su carta circular dirigida a los salesianos sobre la difusión de los buenos libros, escrita en la fiesta de San José en 1885, recurra a las siguientes categorías pastorales, aunque se refiera a una realidad materialmente distinta del Oratorio: «Con las *Lecturas Católicas*, pretendía entrar en los hogares. Con el *Giovane Provveduto*, quería llevarlos a la iglesia (parroquia). Con la *Storia d'Italia*, deseaba estar a su lado en la escuela. Con una serie de libros amenos, anhelaba, como antes, ser su compañero durante las horas de recreo»⁸.

En la reflexión posconciliar del Capítulo General Especial y en la redacción de las nuevas Constituciones, la Congregación se esforzó por definir con mayor precisión el criterio legado por Don Bosco, ofreciendo una formulación sintética y original destinada a marcar su identidad.

Tras reflexionar sobre el hecho de que el cuidado de los jóvenes en el Oratorio no es austero, rígido ni distante, sino alegre, atractivo y cercano; que la finalidad del Oratorio es ocupar a los jóvenes durante el tiempo libre con actividades honestas y formativas; que la propuesta pastoral debe ser educativa, formativa y salvífica; y que la instrucción religiosa constituye su objetivo primordial, la imagen sintética del criterio oratoriano queda recogida en el artículo 40 de las Constituciones Salesianas:

«Una casa que acoge, una parroquia que evangeliza, una escuela que inicia a la vida y un patio donde los amigos pueden encontrarse y vivir con alegría».

Un hogar acogedor

«Crear “hogar” en definitiva «es crear familia; es aprender a sentirse unidos a los otros más allá de vínculos utilitarios o funcionales, unidos de tal manera que sintamos la vida un poco más humana. Crear hogares, “casas de comunión”, es permitir que la profecía tome cuerpo y haga nuestras horas y días menos inhóspitos, menos indiferentes y anónimos. Es tejer lazos que se construyen con gestos sencillos, cotidianos y que todos podemos realizar. Un hogar, y lo sabemos todos muy bien, necesita de la colaboración de todos. Nadie puede ser indiferente o ajeno, ya que cada uno es piedra necesaria en su construcción»⁹. ¡La pastoral juvenil debe ser, ante todo, un hogar! La experiencia del «hogar» crea un clima rico en confianza y familiaridad. Como en toda familia, el cuidado que cada miembro presta a los demás es esencial.

El hogar es, ante todo, responsabilidad de todos, porque la pastoral juvenil no es tarea de unos pocos especialistas, sino responsabilidad de toda la comunidad eclesial. Al igual que en un hogar conviven personas diferentes, con responsabilidades diversas y grados distintos de relación¹⁰, donde algunos

⁷ Traducción de *Capítulo General 20 de los Salesianos de Don Bosco*, n. 195.

⁸ Citado en: https://www.sdb.org/it/Don_Bosco/Scritti/Circolari/Diffusione_buoni_libri.

⁹ Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 25 de marzo de 2019, n. 217.

¹⁰ No pensamos en los hogares actuales, habitados por familias monoparentales o solteros solitarios, sino en los hogares del siglo XIX de Don Bosco, hogares formados por varias familias vecinas, varias generaciones que se ayudaban mutuamente y compartían el pan y el trabajo en la belleza y el esfuerzo cotidianos de relaciones complejas y estimulantes.

están unidos por una elección recíproca bendecida por Dios y que es imagen de la Trinidad divina, y otros son fruto precioso, aunque todavía inmaduro, así también la Iglesia se presenta ante los jóvenes. En el estilo salesiano-oratoriano, ser hogar se traduce en el cuidado concreto de los más necesitados y de los más pequeños, en una variedad de momentos en los que cada uno puede sentirse verdaderamente escuchado y comprendido.

El hogar ofrece una serie de experiencias y valores transmitidos mediante el testimonio de los educadores y el acompañamiento de quienes aman y se saben amados. El impacto de la acogida incondicional es particularmente fuerte en quienes llegan por primera vez y experimentan que sus necesidades fundamentales son respetadas y reciben una respuesta adecuada.

«Solamente dentro de esta relación afectuosa y significativa, los jóvenes advierten que es posible, aunque sea lentamente, el crecimiento del diálogo y la circulación de los valores. En este clima se desarrollan todas las condiciones fundamentales para que el joven pueda madurar en todos los aspectos y dimensiones»¹¹.

Pero este hogar no puede permanecer estático y cerrado.

No se defiende del exterior como si estuviera constantemente amenazado por supuestos enemigos. El oratorio está abierto a todo el que pasa, sin distinción ni requisitos previos. Es un «puente entre la Iglesia y la calle», como expresa quizá una de las definiciones italianas más conocidas del oratorio. Es una casa que se abre al mundo exterior, no solo acogiendo a quienes llegan, sino también saliendo al encuentro de quienes pasan, implicándolos con amor y tratando de acortar las distancias que nos separan.

Es un hogar porque está formado por varias generaciones, a veces incluso por personas de distintas confesiones religiosas, pero acoge porque es laboratorio de una sociedad nueva, de una Iglesia siempre misionera, incluso en su propio entorno, de un compartir siempre posible, que nunca se impone, sino que siempre se propone.

Es un hogar que acoge porque, ante todo, queremos decir a cada joven que «Dios te ama»: «Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado»¹². Queremos dar testimonio de que «para Él realmente eres valioso, no eres insignificante, le importas, porque eres obra de sus manos.»¹³.

Es un hogar porque, mediante su capacidad de proyecto, crea un mundo simbólico que permite a todos crecer en seguridad y después salir con espíritu misionero. Es un lugar al que siempre se puede volver, porque nunca abandonamos realmente nuestro hogar; pero no es ni un gueto ni un espacio tranquilizador que encierre, sino una acogida permanente, una dilatación del corazón, una llamada al perdón y un estímulo a salir de nosotros mismos en el don constante de la propia vida a quienes más lo necesitan.

Una parroquia que evangeliza

«Más allá de cualquier circunstancia, a todos los jóvenes quiero anunciarles ahora lo más importante, lo primero, eso que nunca se debería callar»¹⁴.

¹¹ Dicasterio de Pastoral Juvenil Salesiana, *Pastoral Juvenil Salesiana. Marco de referencia*, 129.

¹² Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 112.

¹³ *Ibid.*, 115.

¹⁴ *Ibid.*, 111.

Este hogar tiene un centro que nos une a todos y determina profundamente sus objetivos, sus esperanzas y sus rasgos fundamentales: el oratorio es un lugar de evangelización, en el sentido más pleno, es decir, una propuesta concreta hecha a cada joven para que viva su vida como la vivió Jesucristo.

De ahí la referencia a la parroquia, no entendida simplemente como estructura o conjunto de actividades, sino como expresión de la convicción de que cada joven lleva en su corazón el deseo de Dios y el anhelo de una vida plena, unificada por la fe. Esto exige que el hogar sea una expresión auténtica de la Iglesia, sin ambigüedades ni concesiones en lo esencial, pero al mismo tiempo con delicadeza pastoral.

La pastoral juvenil es «un entorno donde se expresan las dimensiones esenciales de la Iglesia, según el carisma salesiano: la «Koinonia», cuya máxima expresión es la CEP, que vive los valores del Reino y llama a otros a tomar parte en él como protagonistas; la «Liturgia», celebración cristiana de los acontecimientos cotidianos, cuya expresión máxima y plena se concreta en los sacramentos, de modo especial en la Eucaristía y en la Reconciliación; la «Diakonia», disponibilidad para el servicio educativo y de promoción humana con modelos de referencia que van más allá de la sola asistencia; la «Martyria», testimonio de los valores del Reino ante el mundo en acciones de caridad, con propuestas formativas que preparen a los jóvenes y a los educadores para «dar razón de la esperanza que hay en ellos» (1 Pe 3,15-16)»¹⁵.

El hogar acogedor se abre a la calle, pero no pierde ni su identidad ni su finalidad.

«¿Cómo se vive la juventud cuando nos dejamos iluminar y transformar por el gran anuncio del Evangelio? Es importante hacerse esta pregunta, porque la juventud, más que un orgullo, es un regalo de Dios: “Ser joven es una gracia, una fortuna”. Es un don que podemos malgastar inútilmente, o bien podemos recibirlo agradecidos y vivirlo con plenitud.»¹⁶

Según el criterio de Don Bosco, el oratorio no imita a la parroquia, sino que discierne sus actividades, verificando estructuras y objetivos a partir de un único centro fundamental: la evangelización¹⁷. El oratorio puede vivir en cualquier lugar y adaptarse a todos los contextos, pero no pierde su centro; por ello, la comunidad educativo-pastoral que lo anima debe ser verdaderamente eclesial y misionera. De ella depende que alcance su finalidad o que debilite y diluya su misión.

Una escuela que prepara para la vida

« A veces he visto árboles jóvenes, bellos, que elevaban sus ramas al cielo buscando siempre más, y parecían un canto de esperanza. Más adelante, después de una tormenta, los encontré caídos, sin vida. Porque tenían pocas raíces, habían desplegado sus ramas sin arraigarse bien en la tierra, y así sucumbieron ante los embates de la naturaleza. Por eso me duele ver que algunos les propongan a los jóvenes construir un futuro sin raíces, como si el mundo comenzara ahora. Porque «es imposible que

¹⁵ Cf. Dicasterio de Pastoral Juvenil Salesiana, *Pastoral Juvenil Salesiana. Marco de referencia*, 130.

¹⁶ Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 134.

¹⁷ «"Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia"; una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa Misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa. (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 14).

alguien crezca si no tiene raíces fuertes que ayuden a estar bien sostenido y agarrado a la tierra. Es fácil “volarse” cuando no hay desde donde agarrarse, de donde sujetarse»¹⁸.

También aquí, como en el caso de la parroquia, no se trata necesariamente de la institución escolar en sentido estricto, sino de aquellas características fundamentales que la escuela evoca y que no pueden faltar en ninguna pastoral juvenil.

La experiencia «escolar» se caracteriza por ofrecer los recursos necesarios para que cada joven desarrolle las capacidades y actitudes fundamentales para la vida en sociedad. La escuela es construcción y consolidación de raíces culturales dentro de un sistema simbólico de significados compartidos que permite a los jóvenes construir su propio mundo y abrirse al futuro.

La escuela es un lugar para descifrar la realidad, para aprender los caminos recorridos por la humanidad en su desarrollo histórico y para fortalecer las capacidades intelectuales —sin caer en intelectualismos— que permiten a cada joven encontrar su lugar en la vida y el sentido de su propia existencia.

En un espacio educativo en el que el educador se esfuerza por descubrir y potenciar el punto de acceso al bien presente en cada joven, la escuela permite a los jóvenes convertirse en protagonistas de su propio crecimiento y maduración, favoreciendo un desarrollo armónico de la personalidad, una vida social basada en el respeto y el diálogo, y la formación de una conciencia crítica y comprometida.

La referencia a la escuela recuerda también a la pastoral juvenil que corre el riesgo de convertirse en una superestructura irrelevante si no dialoga con la cultura que cada joven vive y si no integra la fe con la profundidad de la existencia personal. La fe no es un barniz superficial, sino un camino de comprensión, un criterio de discernimiento y un punto de partida para profundizar en las propias convicciones y opciones de vida. La escuela es, por excelencia, el lugar del encuentro entre fe y vida, entre fe y cultura.

La escuela recuerda asimismo a la parroquia la necesidad de una catequesis sólida como profundización teológica de la fe, ofrecida con equilibrio y adecuación a todos los cristianos. Y recuerda al hogar que su tarea no es solo ofrecer afecto, sino también transmitir verdades fundamentales para crecer en plenitud.

Por último, la expresión «escuela que prepara para la vida» remite también a la dimensión vocacional. Aquí podemos situar una referencia explícita a una fe y a una antropología radicalmente evangélicas y vocacionales, capaces de ofrecer a los jóvenes una visión de sí mismos y del mundo como vocación y misión, como realización personal en la responsabilidad ante la gracia recibida.

Un patio para encontrarse con los amigos y vivir con alegría

«Esta proyección hacia el futuro que se sueña, no significa que los jóvenes estén completamente lanzados hacia adelante, porque al mismo tiempo hay en ellos un fuerte deseo de vivir el presente, de aprovechar al máximo las posibilidades que esta vida les regala. ¡Este mundo está repleto de belleza! ¿Cómo despreciar los regalos de Dios?»¹⁹.

El cuarto «ingrediente» del criterio oratoriano es quizá el que, en el imaginario colectivo, aparece como más típicamente salesiano: el patio y la alegría.

¹⁸ Francisco, Exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit*, 179.

¹⁹ *Ibid.*, 144.

Indicado por Don Bosco a Domingo Savio como uno de los compromisos para llegar a la santidad, el estar siempre alegres se convirtió desde entonces en una característica fundamental de todo oratorio y, más ampliamente, de toda pastoral juvenil.

¿Y qué lugar más adecuado que el patio para expresar este compromiso? El patio es, en efecto, un espacio completamente maleable. Puede convertirse en lo que queramos que sea, acoge a todos, permite que todos se expresen; precisamente para poder decir a los jóvenes: haced lo que queráis, con tal de que no pequéis.

El patio es un espacio simbólico de la vida cotidiana: allí se juega, se suda, se comparte, se conversa, se intercambian experiencias. Es un lugar de creatividad porque hay sitio para todos, pero también exige respeto mutuo y responsabilidad. En el patio se manifiesta la verdad de que la fe se encarna en la vida concreta y no la desvaloriza; que el cielo se construye ya aquí, y que la experiencia cristiana no es ajena al mundo presente.

El patio es un lugar de servicio a los más pequeños, pero también un espacio de amistad, porque el hogar no basta: se necesitan amigos. Es el lugar donde se comparte la fe, incluso fuera del ámbito estrictamente parroquial, y donde el crecimiento intelectual se produce a través del intercambio entre iguales y no solo mediante la enseñanza formal.

La experiencia del patio es propia de un ambiente espontáneo en el que nacen y se fortalecen la amistad y la confianza. En el «patio», entendido como pedagogía de la alegría y de la fiesta, la propuesta de valores y la actitud de confianza se realizan de manera auténtica y cercana. Es el lugar privilegiado para el acompañamiento personal, para la «palabra al oído», donde la relación educador-joven supera el formalismo propio de otras estructuras, ambientes y funciones.

En este sentido, la experiencia del patio es una llamada a salir de nuestras estructuras formales, de los muros dentro de los cuales trabajamos, para convertir cada espacio de encuentro juvenil en un entorno rico en oportunidades educativas y pastorales.

Incluso cuando se ensayan nuevos enfoques pastorales, la atención no se centra únicamente en las relaciones personales, sino también en la valorización de la dinámica de los grupos informales. En el contexto del tiempo libre, los nuevos espacios virtuales de encuentro, las redes sociales, son ámbitos que no pueden resultarnos ajenos y que debemos saber utilizar para estar con los jóvenes allí donde se encuentran.

Aunque no se diga explícitamente en el texto, detrás del criterio oratoriano se encuentra la profunda preocupación de Don Bosco por los jóvenes, especialmente los más pobres, abandonados y en situación de riesgo. El Oratorio de Valdocco, asumido como criterio para la pastoral juvenil de la Iglesia y ofrecido como don carismático a toda la comunidad eclesial, es el emblema de la búsqueda apasionada del bien eterno de los jóvenes a través de su respuesta plena a la llamada de Dios, realizando en ella el sentido último de su vida.